

Corbeto, Albert, *Minerva de Doctos. La Real Biblioteca y los hombres de letras del Siglo de las Luces al servicio del estado y del beneficio público*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2019, 564 págs. ISBN: 9788498526073

Minerva era la diosa de la sabiduría en la mitología romana como Atenea lo era en la griega, pero ambas también ejercían de protectoras de los artesanos. Si la diosa helena lo era de las bordadoras, tejedoras e hilanderas, Minerva fue la elegida en el siglo XVI por los impresores, editores y tipógrafos. Era lógico, ya que la imprenta había contribuido a estrechar los lazos entre los sabios, que lograban una mayor difusión de sus escritos, y los impresores, que tenían la pericia y los instrumentos para ello. Sin embargo, la consolidación del patronazgo de Minerva con los artesanos del libro no se produjo hasta el siglo XVIII coincidiendo con el interés por rastrear el origen de la imprenta, trazar su historia e identificar a sus principales artífices. Así, Minerva y su inseparable Mercurio, dios del comercio, aparecen en el frontispicio de la obra de Cristóbal Rodríguez *Bibliotheca universal de la polygraphia española* (Madrid, 1738) flanqueando la entrada a una gran biblioteca que bien pudiera ser la Real, ya que allí preparó esta edición el bibliotecario Blas Antonio Nasarre. Poco años después, en 1740, el librero francés Prosper Marchad colocó en el frontispicio de su obra *Histoire de l'origine et des premiers progres de l'imprimerie*, publicada durante el exilio en La Haya, una imagen de la diosa Minerva descendiendo de los cielos y portando una prensa en su mano derecha para ser entregada a las naciones. Mercurio también la acompañaba en esta ocasión¹. Este fue el tipo de iconografía que se difundió en grabados, estampas o libros en el siglo XVIII porque formaba parte del acervo cultural de la época.

Así, la expresión “Minerva de Doctos”, que da título al libro que comentamos, había sido ya utilizada hacia 1727 por el escritor Francisco Máximo de Moya Torres y Velasco en un memorial dirigido a Felipe V. El profesor Albert Corbeto la retoma para esta investigación sobre la Real Biblioteca en el siglo XVIII, a la que considera como un establecimiento literario en torno al que se congregaron un grupo de hombres de letras con diversos proyectos editoriales y con el objetivo de regenerar la vida cultural del país. En este sentido, es una obra complementaria de otras investigaciones anteriores sobre la institución y su plantilla como la que publicó en 1997 Luis García Ejarque *La Real Biblioteca de S.M. y su personal (1712-1836)* o la profesora López-Cordón en un artículo de 2017 titulado “Un nuevo poder institucional: Los bibliotecarios del rey” (en Teresa Nava, ed., *De ilustrados a patriotas. Individuo y cambio histórico en la Monarquía española*, Sílex).

El origen del libro de Corbeto, como él mismo señala en la introducción, radica en la exposición que comisarió en 2012 en la Biblioteca Nacional con el título “Las letras de la Ilustración. Edición, imprenta y fundición de tipos en la Real Biblioteca”.

¹ Ambas imágenes están reproducidas en el libro de Corbeto. Son las láminas 1 y 4 de las páginas 549 y 552.

Con motivo de la conmemoración del tricentenario de la fundación de la Biblioteca Real se mostraron al público obras editadas e impresas bajo el patrocinio de la institución en el siglo XVIII, lo que ponía de manifiesto que no solo fue un espacio para guardar y conservar libros o documentos. Con estos mimbres, Corbeto, que es un acreditado estudioso del arte de la tipografía, la imprenta y la edición, ha ido un paso más allá para identificar a los eruditos que pululaban en el entorno de la librería, recopilar sus propuestas editoriales y analizar las dificultades que hubo para realizarlas. En este sentido, uno de los aspectos más interesantes y novedosos del libro es a mi juicio la abundante documentación de la sección de archivo de la Biblioteca Nacional que saca a luz y utiliza con soltura para hilar la narración histórica. El autor mereció ser reconocido en 2018 con el XXI Premio de Investigación Bibliográfica «Bartolomé José Gallardo», convocado por el Ayuntamiento de Campanario (Badajoz) por una investigación detallada y exhaustiva.

El libro se divide en cinco capítulos y varios apartados finales, a modo de paratextos. Siguiendo un criterio cronológico el primer capítulo se titula “La fundación de la Real Librería Pública”, aunque su contenido excede los límites temporales de los años de formación. Recordemos que la institución se creó en 1711 según un plan del padre Robinet, a la sazón confesor real, para crear un fondo que uniera la biblioteca de la Reina Madre, parte de los libros del Rey y las bibliotecas incautadas a los austracistas, pero no abrió sus puertas hasta el 1 de marzo de 1712 ni tuvo sus primeros estatutos hasta 1716. Detalla, por tanto, el papel de los confesores del monarca, que se reservaron la dirección de la Biblioteca hasta el cambio de estatutos en 1761, las polémicas iniciales entre eruditos y el impulso decisivo que supuso el nombramiento de Blas Nasarre como bibliotecario en 1735. Corbeto explica todo el trabajo que realizó en la edición de la obra de Cristóbal Rodríguez, que ya he mencionado antes, y especialmente el empeño que puso en sacar adelante la publicación de la obra de Miguel Casiri *Bibliotheca Arabico-Hispana Escorialensis*. La tarea fue extenuante y tuvo un coste elevadísimo, hecho que influyó en algunas decisiones posteriores. El capítulo concluye precisamente con la muerte de Nasarre en 1751, a modo de punto de inflexión de inicio para el comienzo de una nueva etapa.

Los dos capítulos siguientes se titulan “La imprenta y los grandes proyectos editoriales de la Real Biblioteca” y “Las letras de la Ilustración”, que se refiere evidentemente al arte de la tipografía. El protagonista de estas secciones es el bibliotecario Juan de Santander, que sustituyó a Nasarre al frente de la Biblioteca. En 1755 propuso la creación de una Imprenta Real como establecimiento anexo a la institución matriz, con el objetivo de controlar los tiempos y la calidad de los proyectos editoriales sin tener que depender de las prensas privadas. Sin embargo, sus peticiones no fueron atendidas hasta la Real Orden de Carlos III en junio de 1761. Así, obtener los mejores materiales para la edición y los especialistas para ponerla en marcha se convirtió en la prioridad para Santander, aunque en paralelo también impulsó la compra de libros. Corbeto se detiene a analizar los encargos que realizó de diversas obras entre las que había títulos prohibidos por la Inquisición notablemente *L'Encyclopédie*, que se menciona siempre como el paradigma de la Ilustración, que lo fue, y también de la actitud obstruccionista y negacionista, que diríamos hoy, de la Suprema hacia el pensamiento ilustrado. Sin embargo, este tipo de obras llegaron a la Biblioteca Real, en la que se había dispuesto una sala especial de acceso restringido para aquellos hombres de letras que hubieran obtenido una licencia para leer prohibidos, pero también a otras instituciones y particulares, que pudieron costearlas y que tenían —o

no— permiso para leerlas. No debía ser muy difícil conseguir la licencia porque en 1747 el recién nombrado inquisidor general Francisco Pérez de Prado denunciaba lo fácil que era introducir libros prohibidos en España y clamaba contra el abuso que hacían los lectores de las licencias, como paso previo para decretar la retira de todas que hubieran sido concedidas. Aún así, menos de cuatro décadas después el inquisidor Felipe Bertrán volvía sobre el asunto en un edicto de 7 de mayo de 1782 reflexionando sobre el daño a la religión, al rey y a la patria que había provocado la lectura de libros prohibidos en toda época y lugar.

El capítulo cuarto se titula “Imagen y representación de España: La Real Biblioteca y la política cultural del Estado”, aunque de nuevo Albert Corbeto establece una correspondencia con el relevo en el cargo de bibliotecario. Tras el fallecimiento de Juan de Santander en septiembre de 1783, Carlos III nombró a Francisco Pérez Bayer. En ese momento el erudito tenía más de setenta años y una larga carrera literaria en la que había tenido oportunidad de establecer amistades y crearse enemistades, lo que terminó trasladándose a la institución y enrareciendo el ambiente. Uno de sus proyectos más importantes fue la reedición de la *Bibliotheca Hispana Nova y Vetus* (1788) de Nicolás Antonio, a pesar de lo cual Pérez Bayer no se sentía identificado con el legado de su antecesor e hizo lo posible por paralizar los proyectos editoriales. En este capítulo, de ahí el título, también se analiza la polémica causada por la publicación en 1782 del famoso artículo sobre España de Masson de Morvilliers. La movilización intelectual que desencadenó el artículo de la *Encyclopédie méthodique*, bien fuera en sentido apologetico, crítico o matizado, también alcanzó a los hombres de letras que trabajaban o se movían en el entorno de la Biblioteca, lo que explica esta sección.

En el capítulo quinto se aborda el tópico de las “luces” y sombras de la Ilustración (editorial) española. A la muerte de Pérez Bayer en 1794, el puesto de bibliotecario mayor recayó en Pedro Luis Blanco. El estudio de su labor al frente de la institución cierra la investigación de Albert Corbeto, que se adentra hasta los primeros años del siglo XIX, pero dejando atrás el esplendor de las décadas centrales del siglo XVIII.

En los paratextos hay un apéndice sobre las obras que fueron editadas, impresas o patrocinadas por la Real Biblioteca, que en esencia ya estaba incluido en el folleto de la exposición, y otro con dieciséis láminas, que lamentablemente están reproducidas en blanco y negro, aunque no por ello son menos instructivas.

En definitiva, el libro de Albert Corbeto es muy útil para los investigadores del periodo, ya que está muy bien documentado y maneja una gran cantidad de fuentes, algunas conocidas y otras no tanto. Además, hay que agradecer al autor el estilo literario que utiliza para introducir los capítulos o para adornar algunas descripciones, lo que hace a ratos la lectura amena y entretenida. En otros momentos, sin embargo, la gran cantidad de información que recopila y las disgresiones que hace sobre el tema central convierten el libro en torrencial.

Eva Velasco Moreno
Universidad Rey Juan Carlos
eva.velasco@urjc.es